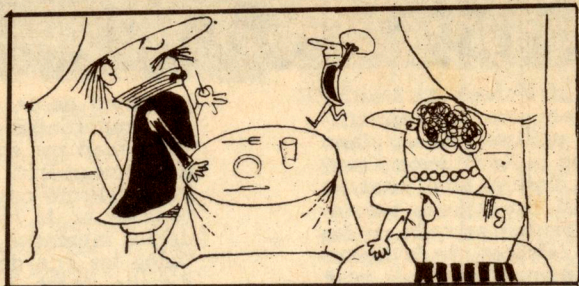


La Alternativa



del BURGUES

Por SEBASTIAN SALAZAR BONDY

Hay gentes de la burguesía que se dan cuenta de que la injusticia en que está fundada la sociedad no puede prevalecer y que la marcha ascendente del socialismo, tal como están las cosas en la mayoría de los países capitalistas y mucho más aún en aquellos de la periferia semicolonial, resulta incontenible. Uno halla esa clase de personas con frecuencia. Se interesan por conocer lo que postulamos los hombres de la izquierda, lo que ocurre en los países en donde ha sido reemplazado el sistema liberal, el futuro que le está reservado a la humanidad en evolución hacia las formas comunitarias y colectivistas de vida. Sin embargo, las mismas gentes, pese a esa conciencia secreta que asoma en la penumbra de sus dudas, concluyen por soplar sobre la luz y existir a ciegas, a la espesa del fin que se prometen, como el pobre rey francés el diluvio, para después de sus días.

En 1879, con el advenimiento de la burguesía, surgió la revolución, la emergencia del pueblo. La toma del poder por los burgueses y, luego, años más tarde, con el desarrollo industrial, su afirmación en la dirección estatal para asegurar las grandes ganancias a costa de la miseria de los trabajadores, ahogó en la clase que sustituyó a los señores feudales el original espíritu libertario. En el siglo XIX, "belle époque" de la burguesía industrial e imperialista, en el corazón de los descendientes de aquellos que echaron por tierra fueros y coronas se había instalado la misma arbitrariedad conservadora, el mismo espíritu autocrático, el mismo absolutismo cerrado de los viejos señores del castillo propietarios de vidas y haciendas. Vidas y haciendas que para las burguesías europeas del siglo pasado se habían convertido en obreros baratos y productos caros. Sin embargo, del meollo sano de esta clase, descrita siempre como de obesos sibaritas e irresistibles "cocottes", surgió su antítesis: la doctrina socialista.

La burguesía europea se ha dado maña para aplazar, luego del estallido popular de octubre de 1917 en Rusia, el ímpetu revolucionario. Se ha vuelto flexible, ha hecho concesiones, ha maniobrado con una habilidad de sierpe. En los países del margen colonial y semicolonial, por la condición subordinada de la burguesía criolla con respecto al poder imperialista monopolizador, esos movimientos no han sido posibles. Cualquier cesión de privilegios, cualquier actitud que admitiera la presión popular, cualquier apertura a la socialización, hubiera redundado en una quiebra aparatosa de todo el sistema pues habría impedido aquel mejoramiento de las masas trabajadoras en los países desarrollados, Inglaterra, Francia, Estados Unidos, etc. Entre nosotros la burguesía se mantuvo en la rígida actitud de explotador que tipificó a la de Europa en la anterior centuria. Y parece que la situación no tiene remedio visible.

De las burguesías latinoamericanas, aun de los grupos que la integran que comprenden racionalmente —como lo hemos anotado al comenzar esta nota— que la injusticia sostiene la estructura que les es congénita, no hay que esperar nada. La salida para aquel callejón se llama revolución. Es decir, transformación total del sistema económico-social, pasando del liberalismo al socialismo. Es lo que ha sucedido en Cuba. Es lo que tendrá que suceder, en cada caso de acuerdo a las peculiaridades de cada país, en todo el continente mestizo atado al grillete de los yanquis. Las buenas personas que apagan en su intimidad la incertidumbre no postergan la venida de la hora cero, hora de los pueblos, hora de los trabajadores.

Así ha sucedido en buena parte de Asia. Así está sucediendo en Africa. La encrucijada en que se encuentran los señores del azúcar, el café, la banana, el cobre, el estaño, la carne, y los señores de la banca agobiante y sus clientes del gran comercio, no pueden dormir tranquilos. Su alternativa es terrible: o se hacen el harakiri, como los samurais del Japón feudal, deponiendo en absoluto, totalmente, sus privilegios, o la ola de la historia se los llevará consigo mientras sus párpados embotados fingen un paraíso artificial.